

## El libro como medio de comunicación

EULALIO FERRER RODRÍGUEZ

Recientemente hube de participar en un debate en defensa del libro como medio de comunicación. Pensaba que no debería haber duda en un tema que obligadamente debe remontarse a sus primeros orígenes, cuando hace cinco mil años los mesopotamios inventaron la escritura y con ella el testimonio perdurable del pensamiento humano y su historia, el libro, presencia que Emerson sintetizaría, muchos años después con "Todo libro es una cita y todo hombre es una cita extraída de sus palabras". En una visión retrospectiva, Marguerite Duras nos aleccionará: "El mundo existe porque el libro existe". ¿Hay que recordar que la cultura occidental, como lo hace Karl Popper, nace con la aparición del mercado del libro, en Atenas, 500 años antes de Jesucristo? ¿Acaso puede ignorarse que la letra escrita, al transformarse y universalizarse, sigue siendo vehículo poderoso y fundamento esencial de la cultura, de todas las culturas? El libro, compañero e identidad del hombre, de ser él mismo y de ser mejor y más. Memoria de lo indeleble, guía existencial, matriz y espejo del lenguaje, en suma.

Gutenberg fue protagonista, según Victor Hugo, del mayor acontecimiento del mundo hasta entonces, con su invento de la imprenta en 1437, en la ruta histórica que uniría el alfabeto y la escritura, dejando de ser el dominio de una clase privilegiada. La imprenta viene a ser un signo multiplicador que llevará la letra impresa a todos los niveles sociales y confines geográficos. El siglo xv acogió con orgullo y asombro, por encima de muchas peripecias y polémicas, la aparición del arte de la imprenta, que dará al lenguaje un grado de autoridad que nunca ha de perder. Escritura mecanizada, telescopio del alma, gloria del mensaje iconográfico o de los caracteres móviles, la imprenta será la palanca que impulsa la comunicación mediante su efecto multiplicador. Constancia elocuente de este fenómeno comunicativo es el dato según el cual durante el siglo que siguió al invento de Gutenberg, se imprimieron 30 mil títulos de libros con una cifra aproximada de 16 millones de ejemplares. En términos bibliográficos, quedaría establecido que para que una obra tenga la categoría de incunable debe haber sido impresa antes del último día del siglo xv. Robert Escarpit ha registrado que entre 1450 y 1500 pueden haberse impreso 20 millones de incunables. Por su parte, Gabriel Zaid nos informa que al término del siglo xx se publican en el mundo un millón de títulos anuales, lo que indica, según su cálculo, que la humanidad produce un libro cada medio minuto. Como curiosidad secuencial, debemos agregar que, de acuerdo con el canon norteamericano, el best seller, prototipo del libro de masas, requiere para serlo un tiraje mínimo de 100 mil ejemplares. (La unesco ha definido que el libro es una publicación no periódica, de no menos de 49 páginas. Y Borges es el que ha proclamado que, si un libro aguanta la prueba de los 50 años, puede considerarse un clásico.)

No dejan de impresionar, por otra parte, algunos datos selectivos que ejemplifican, por sí solos, la existencia histórica del libro como medio de comunicación. Se da por sabido que el libro más editado y traducido en el mundo es la Biblia, en sus más de dos mil lenguas, de las cuales 601, incluidos dialectos, corresponden a África.

La Biblia, ha escrito Robert Graves, sigue siendo el libro más fascinante y peligroso que se ha publicado. Indudablemente, después de la Biblia sigue El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, ese libro tan admirado por tantos, comparado con Jesucristo por Dostoievsky y llamado por Ortega y Gasset, Cristo gótico. Tras imprimirse la primera parte en 1605, con cinco ediciones, y traducido en Inglaterra y Francia, sumará 18 en los años inmediatos a la aparición de la segunda parte en 1616. No tardará en publicarse en todo el mundo. En la clasificación de la Biblioteca Nacional de Francia, en 1947, ya figuraban más de 50 traducciones, sin contar dialectos y lenguas menores. Otro registro bibliográfico informa que la primera edición de El origen de las especies, de Charles Darwin -1 250 ejemplares- quedó agotada el mismo día de su publicación. Julio Verne es uno de los novelistas más leídos; sólo en vida del autor se imprimieron 110 mil ejemplares de su título más vendido, La vuelta al mundo en 80 días. Poco conocida es la ficha de El principito, de Antoine de Saint-Exupéry, libro traducido a 100 diversas lenguas, con un tiraje de 50 millones de ejemplares al término del año 2000. Caso especial, dado su género especializado es La historia del arte de E. H. Gombrich, cuyas 40 traducciones y cuatro millones de ejemplares vendidos, al cierre del siglo xx, lo ubican a la cabeza de todas las obras de su género. Revelación del tiempo moderno es la obra literaria de Gabriel García Márquez, un nombre celebrado con el premio Nobel, cuya novela Cien años de soledad ha alcanzado una circulación próxima a los 18 millones de ejemplares. También lo es, por tratarse de una autor prácticamente desconocido, El mundo de Sofía, de Jostein Gaarder, con 12 millones de ejemplares vendidos hasta fines de 1996, en 40 idiomas. Misma cifra alcanzada por El nombre de la rosa, de Umberto Eco, un acucioso semiólogo, convertido en novelista de éxito. Caso singular es el del escritor brasileño Paulo Coelho, quien al término del año 2000 lleva vendidos 31 millones de libros, en 45 idiomas, con una extensa obra encabezada por El alquimista. Por mucho que suene a paradoja, no se puede prescindir de un libro, Mi lucha, del dictador nazi Adolf Hitler, al que se atribuye una circulación de más de 20 millones de ejemplares, sin que la demanda haya desaparecido en los últimos años.

En el ámbito comunicativo del libro, individualmente vistos, los autores también tienen sus preferencias con respeto a las obras de sus colegas. Si bien Harold Bloom reconoce que "nunca se ha escrito nada más grande que Don Quijote", en su "Canon occidental" se inclina rotundamente por la primacía de Shakespeare, sobre el cual dice que sin él no habría canon, sin otorgarle validez alguna a la crítica adversa de algunos escritores, como es el caso de León Tolstói, quien tildó de pueril y zafio a Shakespeare. Para Bloom, en coincidencia con Emerson, el autor inglés es único. De Hamlet, George Steiner ha revelado que a este título privilegiado se han dedicado 25 mil libros, ensayos, artículos y tesis doctorales, desde fines de la década de 1780, por lo que piensa que el conjunto de su obra debe ser considerada como un altar de la humanidad, precisando, además, que Shakespeare empleó en ella más de 20 mil vocablos diferentes. El mismo Steiner hace figurar, entre sus obras favoritas, el Fausto de Goethe, cuya bibliografía consta de cuatro importantes volúmenes. Sobre Goethe, ha recordado Alfonso Reyes, quien tenía la costumbre de escribir a lápiz, porque el rasgueo de la pluma interrumpía su recogimiento poético. De La divina comedia, de Dante, ha escrito Stefan George que es "el libro y escuela de todas las épocas... El ejemplo supremo de la poesía religiosa occidental." Maurice Maeterlinck elige al Quijote como parte del patrimonio de la humanidad. Entre las elegidas por Octavio Paz está Madame Bovary, de Gustave Flaubert, autor que demoró cinco años en escribirla. Para

André Gide y Jean Paul Sartre, Victor Hugo, el autor de Los miserables, fue además el padre de la poesía moderna y el rey de su siglo entero. (De Victor Hugo se recordará una de sus frases más célebres: "Abrir una escuela es cerrar una cárcel".) Para Ernesto Sábato, la gran novela es Crimen y castigo, de Dostoievsky, en tanto que para Gabriel García Márquez lo es El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas. Para Carlos Fuentes lo es El castillo, de Kafka; para Antonio Tabucchi lo es La gitanilla, de Cervantes; para Mario Vargas Llosa es el Ulises, de Joyce; para Álvaro Mutis lo es Robinson Crusoe, y para Juan Goytisolo lo es la obra poética del Arcipreste de Hita. Mircea Eliade, ferviente admirador de Honorato de Balzac -el escritor que trabajó 18 horas al día- elige de todas las suyas la novela El tío Goriot; Michel Tournier aclama La vuelta al mundo en 80 días, de Julio Verne, y declara que la Ética, de Spinoza es el libro más importante que existe después de Los Evangelios. Otra curiosidad: según parece, Sthendal dictó en sólo 52 días La cartuja de Parma

El libro -aliciente para la lectura y la relectura, a la vez que un placer refinado y abierto- es un medio indiscutible de comunicación masiva. Recreo y hábito; avidez y pasión. Un acto, aparentemente simple, que es asombro por sus descubrimientos y conocimientos. Nos detiene en algún rincón amable de la casa y viaja con nosotros, como invitado íntimo y placentero, en diálogo con el paisaje o el ensimismamiento, entre las delicias de la paz y las inquietudes provocadoras. El libro convertido en un templo, la biblioteca en monumento del saber, magia combinada de sueños y ensueños. Nos familiariza en el tuteo con personajes ilustres: Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Zola, Rousseau, Paz, Borges, Whitman, Azuela, Verne, Rulfo, García Márquez, Fuentes, Cela... La lectura no sólo enseña y estimula, abre los espacios perceptivos del entendimiento, secreto y aviso de la comunicación; enciende la luz de los sentidos y los ensancha. Música simultánea de los oídos y los resplandores visuales de las imágenes y los signos. De ahí, el consejo de Borges: "La lectura debe ser considerada no como una carga, sino como una fuente de felicidad". Una felicidad comparable, desde luego, a la de la escritura, ese ejercicio que es "ejemplo del sentido lúdico de la mente, dilatador de compasiones, registro fiel de un mundo real, auxiliar de la historia, defensor de emociones desafiantes y opuestas", según Susan Sontag. Más recientemente, Álvaro Mutis ha escrito que "leer un libro es volver a nacer".

Innegablemente, la universalidad del libro, tal como la hemos seguido, hoy no es ajena a los progresos de las nuevas tecnologías, de internet a las ediciones electrónicas, con todos sus incontables instrumentos de clasificación, información y memorización. Sin embargo, creemos que tales progresos no alterarán la expansión del libro; al contrario, la multiplicarán bajo nuevos formatos y aprovechamientos publicitarios, con las facilidades de acceso y circulación. Como ha sucedido con otras fuentes y adaptaciones, el libro, al llegar a mayor número de lectores y acortar tiempos, acentuará su carácter masivo, atraerá a nuevos núcleos de lectores, especialmente entre los sectores juveniles. Si en lo general, como proclama Harold Bloom, la influencia literaria seguirá siendo política del espíritu, el libro, como medio de cultura y comunicación, seguirá siendo, en palabras vigentes de Gregorio Marañón, "el maestro generoso que no regatea su saber ni se cansa de repetir lo que sabe. Es el fiel transmisor de la prudencia y la sabiduría". Queremos decir que el libro se mantendrá vivo y aleccionador, imperando sobre las coyunturas históricas, como lo ha hecho desde el gran invento de Gutenberg, por encima -y al lado- de todos los cambios. Sólo cuando la identidad humana se haya perdido, se agotará la permanencia del libro.